

ILMO. SR. DR. D. PEDRO LOZA Y PARDAVÉ,
ARZOBISPO DE JALISCO.

ILMO. SR. DR.

DON PEDRO LOZA Y PARDAYE

ARZOBISPO DE JALISCO

LA historia del Catolicismo tiene sus mártires y sus héroes, como los tiene la de cada pueblo en su parte política.

El legislador más notable, el gobernante más puro y más apto de un país, no tienen más significación que el hombre de Iglesia que sacrifica sus intereses y aun su propia existencia por velar siempre en bien de la Religión Católica, única base del bienestar común y de la armonía social, toda vez que en todo el mundo es la creencia más admitida y que predomina.

En todos los pueblos de la tierra se reconoce la existencia de Jesucristo como el Salvador del mundo, y si en todas las naciones hay individuos que se

han segregado del seno de la Religión Cristiana, la mayoría en cambio reconoce como único principio la doctrina del Crucificado.

La vida, pues, de los hombres que se dedican á propalar la Religión Católica, deben pasar á la posteridad para ser admirados, de la misma manera que el guerrero y otros hombres notables por sus hechos, pasan á ocupar una página en ese libro inmortal que se llama la historia, y que es para las naciones lo que un álbum querido para la familia.

No ha sido otra nuestra mente que legar á la posteridad los nombres de los eclesiásticos que más se han distinguido en el último tercio de un siglo tan azaroso como por el que atravesamos, en el que la ilustración mal entendida y el progreso peor interpretado, hacen que se extingan en muchos pechos los consuelos de la religión, y en muchas inteligencias el conocimiento del verdadero Dios.

Uno de los más antiguos sostenedores de la Religión Católica en México es, sin temor de equivocarnos, el Sr. D. Pedro J. de Jesus Loza y Pardavé, hijo de D. Juan evangelista Loza y de D^{ca} María de la Concepción Pardavé. El Sr. Loza nació en la ciudad de México y fué bautizado en la parroquia de San Pablo el mismo día de su nacimiento.

Hizo sus primeros estudios preparatorios en esta Arquidiócesis, obtuvo el grado de Bachiller en filosofía el día 16 de Enero de 1833, y el de Bachiller en Cánones el 29 de Agosto de 1837.

Recibió las órdenes sagradas en Culiacán en 1838 del Ilmo. Sr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros,

á la sazón Obispo de Sonora, y más tarde Arzobispo de México.

Su primera cantamisa la hizo nuestro biografiado el 19 de Marzo del mismo año en que fué ordenado.

Desempeñó las cátedras de Filosofía y Cánones en el Seminario Conciliar de Sonora; fué Rector del mismo establecimiento y Secretario del gobierno eclesiástico de aquella diócesis.

Cuando el Sr. de la Garza fué llamado á la Mitra de la Capital, el Sr. Loza quedó al frente del gobierno de aquella Iglesia.

Fué preconizado obispo de esa diócesis en 18 de Mayo de 1852; y no creyéndose, por su excesiva modestia, capaz de poder atender concienzudamente á las obligaciones episcopales, huyó del Estado, llegando á la ciudad de Puebla, donde no se tenia noticia de que fuera el llamado á ocupar el obispado de Sonora.

Una vez en la ciudad angélica, solicitó y obtuvo la plaza de Capellán de coro, hasta que fué descubierto por el Sr. de la Garza, quien le persuadió al fin para que aceptara la mitra de Sonora, y le consagró en la iglesia de San Bernardo de aquella ciudad, á la edad de 37 años, en 22 de Agosto del mismo año.

El Sr. Loza tomó posesión de su cargo el día 5 de Diciembre próximo.

Siempre la Iglesia ha sido perseguida por el Estado, y los hombres que se han dedicado al servicio de ella, han sido víctimas de los odios y de la tiranía de los gobernantes que no han sabido interpretar

fielmente su misión, para independizar los dos gobiernos, el civil y el eclesiástico.

Los pueblos necesitan libertades, y una de ellas es la de la conciencia; pero para proporcionárselas no es indispensable perseguir á los hombres que se hacen de esas conciencias, llevando á ellas la convicción y la verdad.

El Ilmo. Sr. D. Pedro J. de Jesus Loza y Pardavé, fué uno de esos mártires de la causa cristiana en las épocas en que tratándose de implantar la Reforma para México, se andaba en pos de víctimas á quien perseguir para hacerlas sufrir las consecuencias de su vocación, ni más ni menos que en Francia eran perseguidos los sostenedores de la monarquía y llevados á la guillotina, únicamente porque estaban bajo el dominio del pueblo y no querían prevaricar de sus creencias políticas.

En 1858 el Ilmo. Sr. Loza fué desterrado por el general Corella. Al siguiente año, y despues de un largo cautiverio en Horcasitas, se le desterró nuevamente á la Alta California por el general Coronado, y por último sufrió dos destierros más en 1860 y 1866.

Durante las épocas calamitosas de las guerras de Reforma, Intervención y el Imperio, fué uno de los Prelados que más sufrieron, y aunque tanto contra-tiempo hizo resentir su salud, siempre se mostró inquebrantable en el desempeño de su augusta misión.

A tan distinguido Prelado se debe en Sonora la construcción de la casa episcopal y el establecimiento de varias iglesias.

En el Consistorio de 22 de Junio de 1868 fué tras-

ladado el Sr. Loza á la Arquidiócesis de Guadalajara, donde llegó, procedente de San Francisco California, el 10 de Febrero de 1869, tomando posesión de la nueva Sede el 23 de Mayo siguiente.

Muchas fueron las dificultades serias con que tuvo que tropezar al principio de su nuevo gobierno el Sr. Loza; pero debido á su exquisita prudencia y á su celo cristiano, aquellas dificultades fueron desapareciendo, y muy pronto el Arzobispo de Guadalajara pudo conquistarse la estimación y el amor de sus diocesanos.

Nombrado para asistir al Concilio Vaticano, marchó á Roma, regresando á su diócesis en 9 de Febrero de 1871.

Innumerables servicios é importantes mejoras se deben al Ilmo. Sr. Loza. El restablecimiento de los concursos y el de la enseñanza de la Filosofía moderna, la fundación de escuelas parroquiales y de la Academia Pontificia en Guadalajara, hechos son que acreditan el empeño con que trabaja el digno Arzobispo de Guadalajara en pró de la tranquilidad y progreso espiritual de los fieles.

Sobre todas estas ventajas debemos hacer especial mención de un periódico quincenal que el Ilmo. Sr. Loza tiene establecido, y cuyo objeto de la publicación no es otro que fomentar la instrucción del Clero y fijar á sus súbditos las reglas de la conducta que deben observar.

El Señor Arzobispo de Guadalajara es un gran latinista; posee perfectamente las ciencias matemáticas, tiene profundos conocimientos en Filosofía y sus

dotes oratorias hacen de él un predicador docto y admirado.

En una palabra, la vida del Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro J. de Jesus Loza y Pardavé, daría tema para un grueso volumen, y está enteramente relacionada con la historia eclesiástica de medio siglo en las regiones occidentales de México.

Hombres como el de que atrevidamente nos hemos ocupado, no necesitan biógrafos, sus mismos hechos bastan á darles á conocer para que su nombre se immortalice.

Pero nosotros, llevados de un justo sentimiento de admiración por aquellos sacerdotes que más se distinguen, tanto por sus cualidades, cuanto por su vasta instrucción, no hemos querido enmudecer ante la figura respetable del Sr. Loza, y hemos dejado correr nuestra pluma para tributarle un homenaje de respeto, que sabrán estimar los justos apreciadores del Arzobispo de Guadalajara.



ILMO. SR. DR. D. JOSÉ IGNACIO ARCIGA,
ARZOBISPO DE MICHOACÁN.

ILMO. SR. DR.

DON JOSÉ IGNACIO ARCIGA

ARZOBISPO DE MICHOACAN

MAYO, el mes de las flores y de la vegetación más fecunda, derramaba sobre la encantadora ciudad de Pátzcuaro todos sus dones. Perfumes que se pierden en los pliegues blanquecinos con que se borda el azul del firmamento en aquellas mañanas serenas; brisas apacibles que juguetean besando los cálices de oro, y el aura que mansamente roba los trinos armoniosos de las aves para llevarlos á través de la enramada, ese era el conjunto bellísimo con que la naturaleza se manifestaba el día 19 del mes de María.

Cuando ataviadas de vestido blanco, y llevando al templo los aromosos búcaros de flores rozagantes, llegaban las niñas inocentes á depositar su ofrenda de amor al pié de los altares; cuando la sencilla plegaria de las niñas se confundía con el humo perfumado del incienso y traspasaban las severas bóvedas

de las iglesias en todo el Orbe cristiano, y la Inmaculada Virgen de Pureza sonreía allá en su excelso trono de Majestad al contemplar aquellas vírgenes, entónces venia al mundo el hombre que vamos á biografiar.

El céfiro blando y cadencioso que acaricia á las flores en aquellos dias hermosos y apacibles, llegaron hasta la cuna de nuestro biografiado é imprimieron en aquel rostro mucho de la apacibilidad que esparcian entre las bellas flores y las pequeñas plantas que alfombraban la verde cementera.

El canto de las aves que ántes de abandonar el nido por las mañanas, entonaban á su Criador, en tan deliciosas épocas, y modulaban un trino más expresivo por la tarde, como lamentado la muerte de tan precioso dia, esos himnos arrullaron la cuna del hombre á quien tratamos de bosquejar.

Las tiernas sonrisas de aquel niño brotaban con la aurora esplendente de aquellos dias bellísimos, y se apagaban con el último destello del sol agonizante.

Aquellos dias tranquilos y serenos, en los que la Naturaleza se manifestaba con todo su esplendor, parece que dejaron impreso en el alma de aquel niño un sello de bondad y mansedumbre que hasta la tumba quedaria grabado.

De aquí el que el Ilmo. Sr. D. Ignacio Arciga haya hecho tanto bien á la humanidad y haya inmortalizado su nombre con hechos tan loables como los que vamos á citar en el presente artículo.

El hombre que presentamos es una figura que se

destaca en la historia eclesiástica con la talla de los grandes miembros de la Iglesia mexicana.

El ángel de la felicidad guardaba la puerta del honrado hogar donde el virtuoso caballero D. Pablo Arciga y su esposa la Sra. D.^{ca} Rafaela Ruiz consagraban su existencia al amor de sus hijos, en quienes inculcaban los primeros sentimientos que forman el corazón, para que más tarde reciba los principios sólidos de la religión católica, única fuente de donde dimana todo bien.

Semejante al ángel apocalíptico que guardaba la puerta del Paraíso Terrenal, así parecia estar colocado otro á la entrada de aquel eden de la familia, para que el espíritu malo no llegara á turbar el reposo y la tranquilidad que solo proporciona un amor sin límites y una moralidad á toda prueba.

Allí vió la luz primera el Sr. D. José Ignacio Arciga el 19 de Mayo de 1830, siendo el octavo hijo de aquel matrimonio tan feliz.

Dotado de una naturaleza privilegiada y de un talento admirable, aquel niño adquirió en poco tiempo no solo los primeros conocimientos de instrucción, sino que terminó el curso completo de latin, bajo la acertada dirección del Sr. Presbítero D. Juan León.

En 1843 ingresó al Seminario de Morelia, cursó Filosofía y Teología, y recibió las órdenes de Subdiácono en 1852.

En 1857 fué ordenado Diácono, y por último Sacerdote, por el Ilmo. Sr. Munguía, de perpétua memoria.

Cantó su primera misa en Pátzcuaro el dia 15 de

Agosto de 1855, día solemne en que la Iglesia Católica conmemora una de las festividades más grandiosas en todo el Orbe cristiano: la Asunción de Nuestra Señora.

Durante los años de 1851 á 1854, fué catedrático de Filosofía en el Seminario de Morelia, y en los de 1855 á 1857, de Dogma, desempeñando satisfactoriamente dichas clases hasta el año de 1859, despues de trasladado el Seminario á Celaya.

En 1862 se hizo cargo del Curato de Guanajuato, cargo que desempeñó ventajosamente hasta el año de 1866, en que habiendo obtenido licencia para ir á Pátzcuaro, fué nombrado Canónigo magistral.

Durante su permanencia en Guanajuato, hizo la ornamentación del templo parroquial, cuya obra se inició en 17 de Noviembre de 1862 y quedó terminada en 20 de Agosto de 1864, logrando el Sr. Arciga que consagrara dicha iglesia el Ilmo. Sr. Obispo Sollano, en 16 de Enero de 1866.

Decidido fué el empeño que tomaba el Sr. Arciga en todo aquello que se relacionaba con el bien espiritual y material de sus feligreses, y todos los guanajuatenses guardan grata memoria de tan distinguido eclesiástico.

Siendo Canónigo de la Catedral de Morelia, por enfermedad del Ilmo. Sr. Obispo de aquella diócesis, el Sr. Munguía, quien á la sazón residia en Roma, fué preconizado Obispo de Legione, *in partibus infidelium*, para que como auxiliar gobernara aquella mitra, siendo consagrado en Morelia por el Ilmo. Sr.

D. José Antonio de la Peña el día 8 de Septiembre de 1867.

Cuando la pareá inexorable cortó el hilo de la preciosa existencia del Sr. Obispo Munguía, privando á la Iglesia michoacana de un Prelado tan sabio como virtuoso, el Sr. Arciga pasó á tomar posesión de la silla arzobispal en 21 de Diciembre de 1868.

Entre las muchas eminencias que asistieron al sagrado Concilio Vaticano en 1869, el Ilmo. Sr. Arciga fué uno de los que más parte activa tomó en aquella augusta reunión, de donde habia de surgir un nuevo fulgor que alumbraría el tenebroso caos de descreimiento en que desgraciadamente se encuentra gran parte de la humanidad.

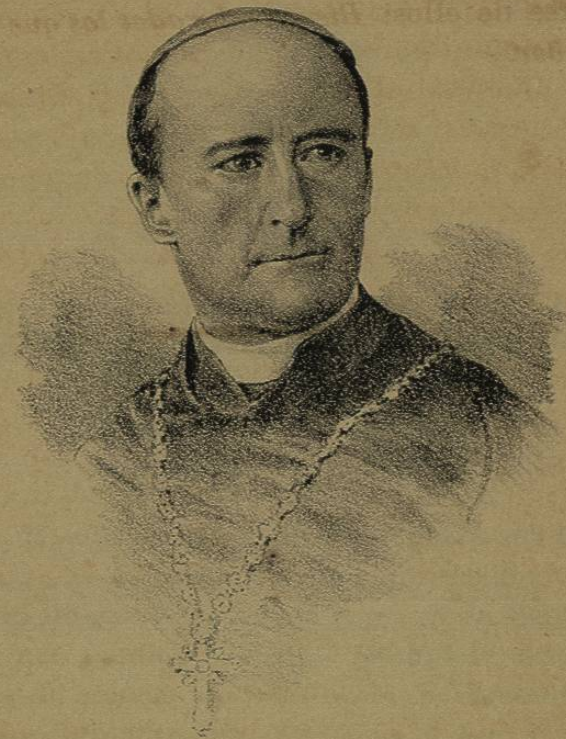
El Ilmo. Sr. Arciga regresó á su diócesis llevando la íntima satisfacción de haber cooperado á tan magna obra, y desde entónces á la fecha no hay un solo michoacano que no le consagre un profundo respeto y un cariño inmenso.

El tesoro de virtudes y sabiduría que posee el señor Arciga, le colocan en un puesto muy distinguido entre los Prelados que tan acertadamente rigen la Iglesia mexicana.

El Estado de Michoacán, que tantos adelantos ha alcanzado en estos últimos tiempos en que México puede contarse en el catálogo de las naciones más avanzadas, puede considerarse muy feliz porque se desarrolla bajo la influencia del cristianismo.

Dichosos los Ministros de Jesucristo que, como el Ilmo. Sr. Arciga, consagran su vida sacrificándose por el bien espiritual de sus semejantes. La existen-

cia de esos séros benditos se desliza llena de la satisfacción que proporciona el deber cumplido; y cuando esos espíritus sublimes dejan el mundo, bien puede decirse de ellos: *Bienaventurados los que mueren en el Señor.*



ILMO. SR. DR. D. EULOGIO GREGORIO GUILLOW,
ARZOBISPO DE OAXACA.